

## Siempre el verano

Libros Por Juan Ángel Juristo.

08 DE MARZO DE 2008 - NÚMERO: 840

Vota:  Resultado:     Tamaño del texto 

El autor, en su haber hay varios libros de investigación como el magnífico Testigos del mundo. Ciencia, literatura y viajes en la Ilustración, confiesa que en su labor como creador de ficción se formó con Ángel Zapata, un escritor de relatos al que se deben excelentes libros como La vida ausente y El vacío y el centro y que ha compaginado esa labor con la de profesor de escritura en Fuentetaja.

A tenor de lo contenido en este libro de relatos, dos de ellos quedaron como finalistas del Premio NH de cuentos, bien puede decirse que la chejoviana lección fue bien aprendida. Hay elementos de sobra en este libro para afirmar que el espíritu del escritor ruso, aquello por lo que es considerado el padre del relato moderno, está muy presente. Pero lo que quisiera destacar sobre todo es una cualidad rara que he encontrado en muy pocos escritores, la de poseer una sensibilidad especial para describir los avatares de la adolescencia.

Desde luego, cuando pensamos en relatos de iniciación nos viene a las mentes Cesare Pavese, cómo no, y no sería descabellado pensar que hay en el cuento «Corazones sagrados», que da título al volumen, o en «Mentiras sobre Ondarreta», por ejemplo, una serie de gestos, un modo especial de enfrentarse con el mundo, que encontramos deliciosamente descritos en Feria de agosto.

La cosa tiene que ver poco con cierta estética neorrealista, no encuentro en Juan Pimentel preocupación alguna de esta clase, sino que reflejaría con cierta exactitud el lugar que para muchas generaciones, la última quizá sea en España aquella a la que pertenecen Juan Pimentel y Ángel Zapata, ha ocupado la iniciación a la vida, un modo de iniciación que tenía en la recurrencia al mito y a la naturaleza un componente intenso aun sin saberlo.

Ese mundo se ha perdido y en estos cuentos, tristes como quería el clásico que fuera todo buen relato, aparecen estos modos descritos con gozo y, a la vez, con un discreto lirismo casi obligado. La segunda parte del libro, «Cuatro posdatas», refleja aún más si cabe esa nostalgia. Aquí la evocación es esencial. De ahí su aire de ausencia.

Todo en este libro invita a lo crepuscular, pero el lector no debe tomarlo como una invitación a la arqueología. Antes bien, le sucede lo que a toda obra de arte: se remite a la evocación, vive de ella y por ella. Ni más ni menos.

Publicidad



RSS



Comparte

